

de en el de todo el curso de la vida. También en él tenía, al lado del Paraíso perdido de tantas almas, un paraíso perdido personal. Inconscientemente lo irá buscando a través de todas las sorpresas, de todas las contradicciones de su conducta. Esta visión sin forma le llevará de la Bolsa a la pintura, de la pintura al profetismo étnico, de París a Pont-Aven, de Pont-Aven a Arlés... No le dejará sosiego hasta haberle conducido a las islas de Oceanía.

Ya está. Paúl Gauguín, solitario, pinta ahora en la Dominica o en Taití. Pinta la desnudez inocente de la naturaleza y de la mujer salvaje. Místicamente, sus ojos han adorado la aspereza del cuerpo ágil y han visto detrás de él, más que el alma, el *doble*, la sombra, que asiste invisiblemente o casi invisiblemente, a cada presencia física individual... Dos iconos, pintados y esculpidos por mano propia, presiden su cabana de solitario. «Sed amorosas y seréis dichosas», advierte el uno, a no se sabe qué seres hembras, cándidos e instintivos, de beata perfección casi vegetal. «Sed misteriosas

y seréis dichosas», advierte el otro... —Es el testamento del romanticismo. Son las Tablas de la ley, de la ley de la nostalgia, promulgadas en la zarza ardiente interior de un alma irriquitada y angustiosa.

Mucho queda todavía por estudiar en esta figura capitalmente significativa de la agonía de un siglo, en el término de toda una etapa de la pintura. En Madrid mismo contaríase con importantes fuentes de información para reconstruir lo que pudieron ser la vida y carácter de Paúl Gauguín. Alvaro Calzado le recuerda aún por haber trabajado el pintor, antes de serlo profesionalmente, en la famosa casa de banca del padre de aquél, don Adolfo. El escultor Francisco Durrio, nuestro huésped en estos últimos días, fué discípulo y amigo predilecto de Gauguín, a veces compañía casi única de sus soledades: confidente del saltar obstinado de las llamas de su orgullo entre las cenizas de su desaliento.

EUGENIO D'ORS

(A. B. C. Madrid).

Acerca de la Psicología de la Quinta Conferencia Pan-americana

Disertación del Sr. Máximo Soto Hall

ESTA tarde se realizó, a las 17.40, bajo el auspicio del Instituto Popular de Conferencias, en el salón de actos de nuestro colega «La Prensa», la disertación anunciada por el señor Soto Hall, sobre «Psicología de la Quinta Conferencia Panamericana».

El acto que fuera presidido por el doctor E. Padilla, asumió las proporciones que eran de esperar dada la gran expectativa que había suscitado.

Comenzó el conferencista por señalar las dos corrientes diametralmente opuestas en que se ha dividido la opinión al juzgar la V Conferencia Pan-americana: los que afirman que alcanzó un éxito a ningún otro comparable y los que consideran que constituyó un fracaso absoluto. Marcó la parcialidad y el error de ambos bandos. Si los hechos se pesan, dijo, en una balanza de precisión regulada por el fiel de la más rigurosa justicia, sin desconocer los defectos y los vacíos, la balanza se inclinará por el lado favorable. Un breve análisis de las labores efectuadas así lo demuestra y ese triunfo, aun cuando sea relativo, debe enorgullecer sobre todo a los representantes latinos que en él les corresponde la mayor parte.

Entró luego a marcar los factores contrarios, en término general, a las Conferencias Pan-americanas, remontándose a la primera, única que lo tuvo todo en su favor, convocada por Bolívar y efectuada en julio de

1826. Hizo el estudio del sentimiento de solidaridad que existía en aquel entonces y de las fuentes que lo alimentaban, citando entre otras varias, el peligro europeo, la debilidad de las nacionalidades que apenas comenzaban a surgir, apocadas y medrosas, la amenaza de la Santa Alianza. Rindió debida justicia a la sinceridad de los hombres culminantes de la época, deteniéndose a

Arpa eólica

(A mi querida prima A. de L.)

Solloza o canta, gime o ríe una lira según la mano que sus cuerdas hiera; si sufre el que la pulsa, ella suspira, y si el cantor en alegría se inspira, se trueca el llanto en risa placentera.

Así, la misma cuerda que llenara el alma de alegría con su sonido, si la humedece el llanto se acibara y solloza también cual si llorara la fe violada, el bienestar perdido.

Así es el corazón: arpa preciosa que oscila en el ramal de una palmera. Vibra feliz, los aires alborza, o llora triste en nota quejumbrosa, según el soplo que sus cuerdas hiera

DE LA TOUR

hablar, sobre todo, de los dos colaboradores más importantes de Bolívar en su obra pan-americana: el centroamericano José Cecilio del Valle y el argentino Bernardo Monteagudo. Dió al primero el lugar de precursor en la idea, ya que la planteó en su periódico «El Amigo de la Patria» en 1822 y presentó, con claridad, la videncia del segundo, particularmente cuando pensó en que se instituyera una verdadera Corte de Justicia Americana que, a llevarse a cabo, hubiera evitado muchos rozamientos y efusiones innecesarias de sangre entre pueblos hermanos.

Entró a considerar seguidamente las causas que más tarde han ido, si no entibiando, adormeciendo aquel espíritu de unión y cordialidad que tan fuerte nacía en las nacionalidades del Continente. Han contribuido a estos relajamientos de vínculos, las relaciones con Europa, ya sin el peligro de su dominación y muy al contrario, con el deseo de recoger su cultura; la confianza que cada país fué teniendo en sí mismo al sentir consolidarse su personalidad soberana; los choques que pronto vinieron entre ellos, y, sin duda, la negligencia de los Gobiernos y de los dirigentes, siempre más preocupados del Viejo Mundo; el menosprecio con que hemos visto nuestros progresos y nuestras conquistas, precisamente por falta absoluta de conocimiento.

Hasta aquí se refirió solamente a los pueblos de raza latina. Tocó su turno al conjunto, a las dos entidades, separadas por lengua y raza, que pueblan el Continente. Manifestó su creencia de que pueden muy bien entenderse y trabajar en acción común, al amparo del respeto mutuo, siempre que se lleguen a conocer y estimar. Los que opinan lo contrario, repuso, es porque tienen poca confianza en los merecimientos de nuestra raza y en la superioridad que en muchos tiene sobre la anglo-sajona.

Respecto de los elementos que eran adversos particularmente a la Conferencia de Santiago, citó como el principal, el haber sido prematura su reunión, no obstante el largo período transcurrido entre ésta y la que tuvo lugar en Buenos Aires en 1910. A su juicio, los grandes acontecimientos que han estremecido al mundo, han concentrado la atención de todos los pueblos en uno solo, han afectado sus intereses y retardado su marcha y estos trastornos, naturalmente, tenían que resentir la labor pan americana, que se olvidó o por lo menos se encerró en un paréntesis. Esperando algún tiempo más, acaso muy corto tiempo, se hubiera logrado la asistencia de Méjico, Perú y Bolivia, cuya ausencia constituyó una lamentable laguna que pública y privadamente se lamentó. Ese mal fué señalado por importantes órganos de la prensa americana y ameritados publicistas antes de la reunión y no es adelantar mucho el decir que algunos delegados fueron alicaídos al palenque. Sin embargo, esta relativa festinación no tuvo mayores resultados. Así lo comprendió evidentemente el doctor Alvear, quien se mostraba optimista